

Ez 18:25-28

Ps 25:4-5, 8-9, 10, 14.

Phil 2:1-11, or Phil 2:1-5

Mt 21:28-32

Luis A. Vera, O.S.A.

¿Qué es hacer la voluntad de Dios? Siempre hablamos de cómo nosotros debemos hacer la voluntad de Dios, inclusive cuando queremos cubrirnos o cuando no sabemos qué más hacer, pensamos en lo que es la voluntad de Dios. Aún muchas veces tratamos de racionalizar el mal que hacemos con esa frase... “La voluntad de Dios”. Muchas veces distintos pueblos o distintas naciones entran en guerra o la misma Iglesia comete injusticias y se lo achacamos a “la voluntad de Dios”. Recordamos una de las páginas más oscuras de la Iglesia durante el tiempo de la Inquisición.

Las lecturas de este domingo nos ofrecen una visión más clara de los que podría ser la voluntad de Dios. En el Evangelio, no se nos dan razones por el comportamiento de los hermanos, simplemente se nos describe. A pesar de su reserva inicial, el primer hermano cumple con la voluntad de Dios. Con sus palabras dijo no, pero con sus gestos dijo sí. En cambio, el segundo hermano mintió. Luego de haberse ofrecido a hacer lo que se le pedía, lo niega en su práctica. Y entonces Jesús les pregunta a los que le escuchan: “cuál de los dos hizo la voluntad del Padre?” E inmediatamente contestamos “el primero”. Pero no podemos solamente responder “el primero.” Sabemos que en nuestra humanidad nos vamos a identificar con uno, tenemos que identificarnos con uno de los dos... Y la pregunta nos reta y nos empuja mucho más allá. Nos empuja a preguntarnos cuán justos somos y cuánto amamos. La pregunta nos empuja a contestar con acciones claras lo que es la voluntad de Dios en nuestras vidas.

Aquellos que nos preceden en el Reino de Dios serán precisamente aquellos a quienes nosotros no recibimos o aquellos a los que nosotros llamamos pecadores: los publicanos, las prostitutas y los pecadores públicos. Esto nos llama a poner en práctica la voluntad del Padre que nos ama a todos y en especial a los más necesitados. Para hacer esa voluntad del Padre se nos llama a ser humildes, siguiendo a Cristo que se “despojó de sí mismo, volviéndose obediente hasta la muerte, aún muerte en cruz.” Es por esa obediencia es que Dios lo exaltó. En nuestra condición de Cristianos, no debemos de exaltarnos ni de hacer las cosas “en egoísmo o de vanagloria” sino que debemos de reconocernos delante de Dios como sus criaturas y ponernos al servicio de los demás, especialmente de los que más necesitan.

Estamos llamados a seguir la voluntad de Dios, pero una voluntad que se enraíza en el servicio a los demás y en el cambiar nuestras vidas y nuestras mentes para constantemente creer en un Dios que se hizo uno con nosotros, en un Dios que constantemente nos llama a la humildad, a la reconciliación y a la caridad.